

Jaime Ros

## **La política del desarrollo mexicano de Roger D. Hansen**

**Libros**

---

*La política del desarrollo mexicano*<sup>1</sup> de Roger D. Hansen pertenece a la ya extensa literatura económica y política que sobre el tema del desarrollo mexicano han producido los “mexicanistas” norteamericanos. Desde el punto de vista de los problemas planteados así como del tipo de respuestas aportadas, este libro constituye un ejemplo típico, a la vez que seguramente la síntesis más acabada, de esta importante corriente de interpretación de nuestra realidad. Su importancia reside en el hecho de que algunos de los problemas que plantea, sobre todo aquellos referentes al sistema político mexicano, no pueden ser resueltos con la perspectiva ideológica de un marxismo deformado, aunque, y esto es lo que nos ocupará a continuación, tampoco lo son con la perspectiva del propio Hansen.

El esquema de la interpretación de Hansen puede ser resumido como sigue: el crecimiento económico rápido, al alterar la distribución de la riqueza, agudiza las tensiones sociales y políticas; la continuidad del proceso de crecimiento depende, entonces, de la capacidad del sistema político para manipular estas tensiones, convirtiéndose así en la clave del éxito o del fracaso del proceso. Es por ello que “los parámetros políticos, sociales y culturales del proceso de desarrollo mexicano” (Hansen, p. 3) pasan a constituir el centro del análisis.

El punto de partida metodológico es, como nos dice Hansen citado a J. Spengler, que el estado del desarrollo político-económico de un pueblo, junto con su tasa y dirección, depende en gran parte de lo que hay en las mentes de los integrantes de sus élites, las que reflejan en parte, como lo hacen las civilizaciones, la concepción que los hombres se forman del universo. (Hansen, p. 16)

Así, todo el estudio de Hansen, las explicaciones parciales de los distintos aspectos del desarrollo económico y político de México, giran alrededor de un elemento central: la élite gobernante. Los intereses y valores de esta élite explican la estrategia de desarrollo adoptada, en la cual recae gran parte de la responsabilidad del “milagro económico” y la distribución del ingreso resultante, mientras que las masas sólo aparecen en escena para explicar con su ausencia la estabilidad política del sistema.

Empecemos pues por este protagonismo omnipotente de nuestra historia. Una vez descrito el proceso de nominación de los dirigentes políticos y el papel del PRI como mecanismo

---

1 Siglo XXI, México, 1971.

electoral y de control político de la población obrera y campesina, el autor caracteriza el sistema político mexicano como un régimen presidencialista y autoritario, dominado por una élite gobernante, la “coalición revolucionaria” en cuya cúspide se encuentran los miembros del gabinete, los gerentes de las principales industrias estatales, los directores de las grandes dependencias gubernamentales semi-autónomas, comisiones, bancos y consejos, así como el presidente de México y su círculo íntimo. (Hansen, p. 166)

Este sistema reposa sobre una estructura de control político, en el centro de la cual se encuentra el PRI, cohesionada por la corrupción y una vasta red de intereses creados que aumenta con el paso de cada administración. Esto último determina la operación latente de las instituciones políticas que obstaculiza la realización de las metas manifiestas de los “régimenes de la revolución mexicana”.

La estrategia de desarrollo seguida ha sido adoptada porque es un reflejo exacto de los intereses y escala de valores de la élite política que controla a México en la actualidad.

Es la explicación de estos intereses y valores la que resulta algo más rebuscada. Para ello, el autor nos remite a la psicología del mestizo, ese “desheredado” de la sociedad colonial, que presenta una “fascinación patológica” por el poder y la riqueza, que ve en la política “la senda más segura y mejor conocida para lograr el progreso económico y social” y para el cual la vida social era un combate y el poder constituía esa “energía personal que subyugaba y dominaba a la gente”. (Hansen, p. 216)

Pues bien, nos dice Hansen, ese comportamiento y la valoración que lo provoca, permiten inferir por qué los miembros de la élite mestiza que adquirieron un firme control de la política mexicana, para la quinta década habían favorecido y promovido la actual pauta seguida por el desarrollo de México. (Hansen, p. 219)

Así, el “milagro mexicano” quedará, en última instancia, explicado por ¡la psicología del mestizo! En efecto, la estrategia de desarrollo adoptada por esta élite explica en gran parte el rápido crecimiento económico de los últimos treinta años así como los beneficiarios de éste. Efectivamente, de 1940 en adelante, la economía mexicana ha crecido a una tasa acelerada, a la vez que ha presentado un rápido proceso de industrialización. En una perspectiva latinoamericana, los factores que, según Hansen, han contribuido a un ritmo más acelerado de crecimiento e industrialización, son los siguientes: la proximidad geográfica de México y los Estados Unidos, particularmente en sus efectos en cuanto a posibilidades de exportación y transmisión de tecnología; la naturaleza y amplitud de los gastos estatales (amplios gastos con impuestos mínimos y destinados prioritariamente al desarrollo económico); el control de la inflación por medio de la política financiera; y el comportamiento exitoso del sector agrícola.

El milagro mexicano lo ha sido, sin embargo, sólo para unos cuantos y ha dejado a México con una distribución del ingreso más inequitativa que la de antes de 1940, y en realidad, más inequitativa que la de la mayoría de los países en desarrollo de América Latina y otras partes del mundo. (Hansen, p. 15)

Esta concentración del ingreso, que ha favorecido en especial a las clases media y media superior, se explica sobre todo por políticas tributarias, de gastos sociales y laborales tales que “no ha habido otro sistema político latinoamericano que proporciones más recompensas a sus nuevas élites industrial y agrícola comercial” o que con excepción de los efectos de la redistribución de la tierra [...] [haya] hecho tan poco, directamente, a favor de la cuarta parte inferior de su población. (Hansen, p. 117). Es interesante observar que los cuatro factores que, según Hansen, impulsaron el rápido crecimiento de la economía mexicana, están desapareciendo a fines de 1970, en el momento en que escribe el libro: 1] la dependencia económica frente a Estados Unidos se ha venido reforzando y agudiza, hoy más que nunca en el pasado reciente, las contradicciones económicas del sistema: la remisión de utilidades por parte del capital extranjero, el pago por uso de patentes importadas y los intereses de la deuda externa se han convertido en uno de los principales elementos de desequilibrio de la balanza de pagos en cuenta corriente, y esta situación de desequilibrio ha obligado ya, en 1971, a frenar el proceso de crecimiento.

2] La necesidad de alterar la naturaleza e incrementar el monto de los gastos gubernamentales, para hacer frente a las contradicciones sociales y mantener un ritmo elevado de crecimiento económico, ocurre en un momento en que las políticas económicas seguidas han dejado un Estado endeudado y un aparato productivo estatal considerablemente debilitado en el aspecto económico.

3] El control de la inflación por medio de “las políticas financieras y monetarias” es una reliquia del pasado: las presiones inflacionarias, surgidas en 1970, se desataron a finales de 1972 y en 1973 presenciamos una tasa de inflación del 25%, es decir, más del doble que la tasa promedio durante el periodo de “desarrollo inflacionario” (1940-56).

4] Esta situación es el resultado, en parte, de la actuación del sector agrícola, cuyo comportamiento había dejado de ser exitoso desde 1965, y que entró en una verdadera crisis en 1971-72, en especial en el rubro de la producción de alimentos básicos para el mercado interno.

Es interesante observar, a riesgo de ser irónico, que mientras el estudio anterior sobre el desarrollo mexicano (*El dilema del desarrollo mexicano* de R. Vernon), escrito cuando se iniciaba el periodo de “desarrollo estabilizador” (1958-70), concluía con previsiones

pesimistas que Hansen critica con razón, el libro de Hansen concluye con previsiones optimistas en el momento en que ese esquema de crecimiento ha entrado en crisis.

Hansen señala justamente algunos de los obstáculos que se oponen al futuro crecimiento económico (las tendencias demográficas, la debilidad de los ingresos estatales, el desequilibrio externo), pero confía en la capacidad del sistema político para vencerlos sin darse cuenta que este hecho compromete la estabilidad política del sistema. Más exactamente, restablecer el dinamismo de la economía mediante una política de modernización del sector industrial y del aparato estatal significa profundizar, en el corto plazo, la crisis política del sistema iniciada con el movimiento estudiantil de 1968. Y esto porque, a la vez que se hace recaer el peso de la crisis económica, vía inflación y desempleo, sobre las espaldas de los sectores populares, la política de modernización implica la eutanasia de las capas más retardatarias de la burguesía mexicana y con ella la reformulación de las alianzas políticas en el seno del bloque dominante.

Si Hansen no se da cuenta de que la estabilidad política está seriamente amenazada es porque concibe el sistema político como un “parámetro”, explicado por “los atributos psicoculturales de la élite mestiza”, y no como una “variable dependiente” propia del proceso global de desarrollo. Así, lejos de buscar la explicación del sistema político en las relaciones de clase, Hansen encuentra la explicación de las relaciones de clase en el sistema político, y la de éste en la voluntad todopoderosa de la “coalición revolucionaria”.

De esta manera la explicación que da Hansen de la estabilidad política, el elemento que permite explicar la permanencia del proceso de crecimiento en condiciones de una desigualdad creciente del ingreso, resulta sumamente empobrecida. A esta cuestión, Hansen aporta dos respuestas ligeramente distintas. Vista en una perspectiva histórica, la paz del PRI se explica por los factores que hicieron posible la estabilidad del porfiriato (“la preocupación por el poder personal” de Díaz y la política resultante) y por la resolución de los problemas que acabaron por minar el sistema político porfirista: el problema agrario y las demandas de movilidad social de los mestizos de clase media. Lo primero lo ha logrado una reforma agraria que, efectiva o ilusoriamente, ha satisfecho las ambiciones por la tierra del campesinado; lo último se ha conseguido por la naturaleza circulante de la élite política en el “segundo sistema mestizo” y por la movilidad social que ha acompañado al proceso de crecimiento económico después de 1940. Esta explicación, que deriva de la comparación de la paz del PRI con el sistema porfirista, sólo se aplicaría si la estructura de clases fuera la misma en la actualidad que hace 60 años. Por ejemplo, la resolución del problema agrario puede haber sido un factor estabilizador en el pasado, pero es claramente secundario en la

actualidad, cuando las contradicciones sociales decisivas se han desplazado del campo a la ciudad. Dicho de otro modo, cualquier explicación de la estabilidad política, por lo menos en lo que se refiere a los últimos quince años, debe partir del análisis de la situación económica y política del proletariado urbano. Invocar para ello el otro factor señalado por Hansen, la movilidad política y social, resultaría grotesco en vista de que es el sector obrero del PRI el que presenta un mayor grado de inmovilismo político. Vista en una “perspectiva más amplia”, la estabilidad política de México se explica sobre todo por el carácter localista del campesinado indio, que no espera nada del sistema político, y por el carácter “subordinado” del mestizo urbano cuyo sentimiento de inferioridad y desconfianza le impide organizarse y determina su pasividad. Estos atributos psicoculturales del 90% de los mexicanos, explican, según Hansen, el carácter limitado de las demandas y el apoyo otorgado por estos grupos al sistema político, así como la capacidad de éste para atender las demandas del “grupo participante”: las élites económicas de México. Esta segunda explicación, que intenta encontrar en las características psicológicas del indio y del mestizo la raíz de la pasividad política de la gran mayoría del pueblo mexicano, deja sin contestar por lo menos una serie interrogante: ¿si las actitudes psicoculturales del mestizo explican su pasividad, por qué, siendo igualmente mestizas, las élites económicas han logrado organizarse e imponer activamente sus demandas?

Éste es el tipo de preguntas que la problemática del autor deja sin resolver: ¿por qué otros países de América Latina, igualmente “mestizos”, no han podido mantener un rápido proceso de crecimiento económico ni una relativa estabilidad del sistema político?

El enfoque adoptado por Hansen no podía conducir más que a conclusiones optimistas: como las actitudes psicoculturales persisten durante largos periodos y si, como lo ha venido haciendo, el sistema político es capaz de restringir la competencia política abierta, no existen razones de mucho peso para pensar en una quiebra futura de la combinación exitosa estabilidad política-crecimiento económico.

La “dinámica del desarrollo mexicano” se ha encargado ya de mostrar la fragilidad y pobreza de este enfoque, provocando en el libro de Hansen un rápido proceso de envejecimiento prematuro.